

Nikolái Leskov

LADY MACBETH
DE MTSENSK



Nicolái Leskov
**LADY MACBETH
DE MTSENSK**

Ilustraciones de
Ignasi Blanch

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves

Nørdicalibros
2015

Título original: *Ledi Mákbet Mtsénskogo Uieзда*



La traducción de la edición y la creación de la maqueta de edición han sido realizadas con el apoyo financiero de la Agencia Federal de Prensa y Medios de Comunicación en el marco del Programa Federal «la Cultura de Rusia» (para los años 2012-2018)

© De las ilustraciones: Ignasi Blanch

© De la traducción: Marta Sánchez-Nieves

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1º B

28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN:

Depósito Legal:

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra,

Ana Patrón y Susana Sánchez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A quien nunca cantó le cuesta empezar.

PROVERBIO



Capítulo primero

A veces en nuestras tierras se dan ciertas naturalezas que, no importan los años que pasen desde el encuentro, nunca se es capaz de recordarlas sin un escalofrío. A esta clase de naturalezas pertenece Katerina Lvovna Izmáilova, la mujer de un mercader que una vez interpretó un drama terrible tras el que nuestros nobles, por la palabra fácil de alguien, empezaron a llamarla la *lady Macbeth de la provincia de Mtsensk*.

De pequeña Katerina Lvovna no había sido una belleza, pero sí era una mujer de apariencia muy agradable. Tenía solo veinticuatro años; no era alta, pero sí esbelta, su cuello parecía esculpido en mármol, hombros redondos, pecho firme, nariz recta, fina, ojos negros y vivos, frente alta y blanca y cabellos negros, de un negro casi azulado. La habían casado con nuestro mercader Izmáilov de Túska, en la provincia de Kursk, no por amor o por alguna atracción, sino porque Izmáilov pidió su mano y, siendo como era una muchacha humilde, no iba a tener pretendien-

tes como para elegir. El hogar de los Izmáilov no era precisamente el peor en nuestra ciudad: vendían harina de flor, tenían arrendado en la provincia un molino grande, tenían un jardín rentable en las afueras y una casa buena en la ciudad. Eran mercaderes acaudalados. Por lo demás, la familia no era muy grande: el suegro Borís Timoféich Izmáilov, un hombre de cerca de ochenta años, viudo desde hacía tiempo; su hijo Zinovi Borísych, el marido de Katerina Lvovna, un hombre también de cincuenta y tantos; la propia Katerina Lvovna y ya. Katerina Lvovna, que llevaba cinco años casada con Zinovi Borísych, no tenía hijos. Este tampoco había tenido hijos con su primera mujer, con la que había convivido unos veinte años, antes de enviudar y casarse con Katerina Lvovna. Pensaba y esperaba que al menos le daría Dios de este segundo matrimonio un heredero para su linaje de mercader, pero tampoco lo logró con Katerina Lvovna.

La ausencia de niños afligía muchísimo a Zinovi Borísych, y no solo a él, también al viejo Borís Timoféich; incluso la propia Katerina Lvovna se entristecía mucho. Cuando el excesivo aburrimiento en el *térem*, en la torre alta y cerrada de la casa del mercader, con tapias altas y perros de presa sueltos, más de una vez había causado a la joven mercadera cierta tristeza que llegaba al atontamiento, esta habría estado encantada

—sabe Dios lo encantada que habría estado— de cuidar de un niño; pero otras veces los reproches la hartaban: «Pero ¿por qué me casaría? ¿Por qué, infértil, ataste tu destino a este hombre?», como si de verdad hubiera cometido un crimen ante su marido, ante su suegro y ante todo su linaje de honrados mercaderes.

A pesar de la abundancia y los bienes, la vida de Katerina Lvovna en casa de su suegro era muy aburrida. Salía poco de visita y, si acompañaba a su marido a ver a otros mercaderes, tampoco era un placer. Todos eran personas severas: observaban cómo se sentaba y cómo andaba o se ponía de pie. Y Katerina Lvovna era de carácter impetuoso y, habiendo sido una muchacha humilde, estaba acostumbrada a la sencillez y a la libertad: le gustaría correr con los cubos hasta el río y bañarse en camisa bajo el embarcadero o lanzar cáscaras de pipas a algún joven transeúnte por encima de la cancela; sin embargo, aquí todo se hacía de otra manera. Su suegro y su marido se levantaban bien temprano, tomaban el té del desayuno a las seis de la mañana y se iban cada uno a sus asuntos, y ella deambulaba sola de habitación en habitación sin hacer nada. Todo estaba limpio, todo estaba tranquilo y vacío, las lamparillas brillaban ante las imágenes, pero en ningún lugar de la casa había un sonido vivo, una voz humana.

Katerina Lvovna caminaba y caminaba por las habitaciones vacías, empezaba a bostezar de aburrimiento y subía por la escalerilla a la alcoba conyugal, dispuesta en un entrepiso alto y no muy grande. Aquí también se quedaba sentada un rato, curioseaba cómo colgaban el cáñamo en el almacén o encostaban la harina de flor, de nuevo le entraba sueño, de lo que se alegraba, pues se echaba una horita o dos; pero, al despertar, otra vez el aburrimiento ruso, el aburrimiento de la casa de un mercader por el que, dicen, hasta ahorcarse resultaría divertido. Katerina Lvovna no era aficionada a la lectura; además, en su casa no había más libros que *Vida y hechos de los santos de Kiev*.

Cinco largos años vivió Katerina Lvovna esta vida aburrida en la magnífica casa de su suegro, a la sombra de su poco cariñoso marido; pero, como suele ocurrir, nadie prestó la más mínima atención a ese aburrimiento suyo.

